

Cuando Vinicio se retiraba á su casa en la tarde de aquel día venturoso, vió en la esquina del *Vicus Toscus* la litera dorada de Petronio, llevada por ocho robustos betaneses. Les hizo seña de que parasen y levantó las cortinas.

— ¡Buen sueño tienes!, dijo el tribuno riendo á carcajadas al ver á Petronio medio dormido.

— ¡Ah! ¿Eres tú?, exclamó éste desperezándose. Es verdad, he dormido un poco porque pasé la noche en el Palatino. Salgo para buscar algo que leer durante mi viaje á Anzio. ¿Qué hay de nuevo?

— ¿Vas á alguna librería?, preguntó Vinicio.

— Sí; hago provisión de libros para no alterar el orden de mi biblioteca. Probablemente habrá alguna nueva publicación de Musonio y de Séneca. Además, buscaré un Persio y una edición de las *Eglogas* virgilianas que me faltan. ¡Qué cansado estoy! Hasta las manos me duelen de tanto manejar libros, pues en una librería la curiosidad le mueve á uno á examinarlo todo. Estuve ya en casa de Avirno y de Atracte en el Argileto, y en la de Sosia en el *Vicus Sandaliarius*. ¡Por Cástor! ¡No es sueño el que tengo!

— ¿Estuviste en el Palatino? ¿Qué se dice allí? ¿Sabes lo que debes hacer? Mandar la litera á tu casa y venir conmigo á la mía. Charlaremos un rato.

— Está bien, dijo Petronio, y salió de la litera. ¿Ya sabrás que la marcha para Anzio se verificará pasado mañana?

— ¡No! ¿Cómo puedo saberlo?

— ¿Pero tú en qué mundo vives? Esto quiere decir que soy el primero en comunicarte la nueva. Tenlo todo dispuesto para pasado mañana. Los guisantes en el aceite de oliva á nadie agradan, á nadie gustó tampoco el pañuelo alrededor del cuello grueso; *Enobarbo* está resfriado y ronco. Por esto no puede aplazarse la partida; maldice á Roma y su clima y todo cuanto existe en esta ciudad, y se consideraría feliz viéndola arrasada por un terremoto ó presa de las llamas. Ahora no desea más que la brisa marina y dice que las emanaciones de estas callejuelas le llevarán prematuramente á la tumba. Hoy se han ofrecido numerosos sacrificios en todos los templos para el restablecimiento de su voz. ¡Ay de Roma, y sobre todo, ay del Senado, si no la recobrase pronto!

— ¿Esto, pues, impediría el viaje á la Acaya?

— ¿Qué dices, desdichado? ¿Es ese el único don de César?, preguntó Petronio sonriendo. Se presentará en los Juegos Olímpicos, y como poeta con su *Incendio de Troya*, como auriga, como músico, como atleta y hasta como bailarín, recogiendo así todas las coronas de los triunfadores. ¿Sabes de qué modo pilló la ronquera ese mono? Ayer quiso imitar en la danza á nuestro Paris y representó las aventuras de Leda, lo cual le hizo sudar enormemente y luego resfriarse. Estaba tan bañado

y frío como una anguila recién sacada del agua; hacía toda clase de visajes, daba vueltas como una devanadera, agitaba los brazos en el aire como un marinero borracho, tanto que yo no podía contener las náuseas á la vista de aquel abultado vientre sostenido por dos piernas de esqueleto. Paris le dió lecciones durante dos semanas. Pero dime, ¿puedes imaginarte á *Enobarbo* en el papel de Leda ó en el de cisne divino? ¡Qué cisne más original! ¡Y ahora quiere presentarse con esa pantomima, primero en Anzio y luego en Roma!

— Se produjo general descontento cuando cantó en público; pero ahora no debería en justicia tolerarse que un emperador romano se rebaje hasta hacer de mimo. ¡No! En modo alguno debe permitirlo Roma.

— Amigo, Roma lo permitirá siempre todo y el Senado enviará un voto de gracias al *Padre de la Patria*. La plebe se sentirá halagada viendo que César se convierte en su bufón.

— Pero dime: ¿es posible caer tan bajo?

Petronio hizo un movimiento de indiferencia.

— Tú vives retirado en tu casa, pensando en Licia y en los cristianos, é ignoras, por lo tanto, lo que ocurrió hace dos días. Nerón se casó públicamente con Pitágoras, que apareció con el traje de novia. Esto traspasa el límite de toda locura lícita, ¿no te parece? ¿Y qué pensarás si te digo que los mismos Flamenes dirigieron solemnemente la ceremonia? Yo también asistí. A decir verdad, soy muy tolerante; pero debo confesar que en aquella ocasión pensé que, si realmente existen los dioses, debieran dar señales de vida. César ya no cree en los dioses, y hace bien.

— Así, pues, en una sola persona encontramos reunidos al sumo sacerdote, al *Divo* y al impío, observó Vinicio.

— ¡Así es!, contestó Petronio, riendo. No se me había ocurrido nunca. Esta es una combinación única en su género.

Y prosiguió después de una pausa:

— Sería preciso añadir que este sumo sacerdote que no cree en los dioses, y este *Divo* que se mofa de los dioses como incrédulo, los teme no poco.

— Prueba de ello es el hecho del templo de Vesta.

— ¡Qué sociedad!

— Tal como es César es la sociedad. Pero no puede seguir así mucho tiempo.

Conversando así, amigablemente, entraron en casa de Vinicio, que, regocijado, mandó preparar la cena. Dirigiéndose luego á Petronio, le dijo:

— ¡No, querido! El mundo debe transformarse, renovarse.

— No seremos nosotros quienes lo renovemos, respondió Petronio, visto que reinando Nerón, no se vive más tiempo del que vive una mariposa. Se goza un poco, iluminados por el sol de su favor, para caer en la nada al primer soplo helado. ¡Por el hijo de Maya! Yo me pregunto á veces por qué milagro ha podido Lucio Saturnio llegar á los noventa y tres años y sobrevivir á Tiberio, á Calígula y á Claudio. Pero no nos preocupemos. ¿Puedo mandar á buscar á Eunica con tu litera? Se me han pasado las ganas de dormir y deseo divertirme. Haz que toquen la cítara durante la cena. Luego hablaremos un poco á propósito de Anzio. Es necesario que hablemos, especialmente por tí.

Vinicio mandó á buscar á Eunica, pero declaró que no quería devanarse los sesos pensando en su viaje y permanencia en Anzio.

— ¡Deja que se preocupen con ello los que no pueden vivir sin el favor de César! Con el Palatino no se acaba el mundo, en particular para los que tienen el corazón ocupado.

- Pues... ¿qué novedad ocurre? Tienes el aire de persona satisfecha.  
- Soy dichoso, respondió el tribuno, y te he llamado expresamente para hacer-te partícipe de mi felicidad.

- ¿Qué te pasa?

- ¡Lo que no cambiaría yo por todo el imperio romano!

Diciendo esto, se sentó, apoyándose sobre el brazo del sillón:

- ¿Recuerdas aún, continuó, nuestra visita á casa de Aulo Plaucio? ¿Recuerdas á la hermosa joven á quien llamaste «aurora» y «primavera»? ¿Recuerdas á aquella Psiquis cien veces más hermosa que todas las demás doncellas y que todas las diosas?

Petronio le miró asombrado.

- ¿De quién hablas?, le preguntó; naturalmente, no he olvidado á tu Licia.

- Ahora soy su prometido.

- ¿Qué dices?

Pero Vinicio, en vez de contestar, saltó de su asiento y llamó al *dispensator*.

- Haz venir aquí á todos los esclavos, desde el primero al último. ¡Pronto!

- ¿Eres su prometido?, repitió Petronio.

No había vuelto de su estupor, cuando ya los esclavos iban poco á poco ocupando el atrio. Viejos extenuados, hombres en el vigor de los años, mujeres, jóvenes, niños, todos los sexos y todas las edades estaban allí representados. A cada momento avanzaba una nueva ola de gente; de los diversos corredores llegaban frases pronunciadas en diferentes idiomas. Por fin, todos se agruparon en varias filas á lo largo de las paredes. Vinicio, que se había colocado junto al impluvio, dijo en alta voz, dirigiéndose á Demades, su liberto:

- El que haya servido durante veinte años en mi casa se presentará mañana conmigo al pretor y obtendrá la libertad. El que no haya llegado á ese término recibirá tres monedas de oro y doble ración para una semana entera. A los que se hallen en las prisiones se les condonará el resto de la pena, quitándoles las cadenas y dándoles á todos abundante comida. Este es para mí día de felicidad, y conmigo han de ser felices todos los que me rodean.

Los esclavos, primero, dudaban de la realidad. Luego, levantando simultáneamente los brazos, gritaron á una voz:

- ¡Ah! ¡Señor!

Vinicio les despidió con un gesto, y ellos, reprimiendo á duras penas la manifestación de su gratitud, salieron impresionados, y dispersándose, atronaron toda la casa con sus gritos de júbilo.

- Mañana, dijo el tribuno, los llamaré á todos al jardín y ordenaré á cada uno que dibuje algo á su gusto sobre la arena. Licia después declarará libre al que haya dibujado un pez.

Petronio, que no tenía la costumbre de asombrarse por nada, pasada ya la admiración que sintió momentos antes, preguntó:

- ¿De veras? ¿Un pez? Recuerdo, efectivamente, que Quilón dijo que éste era el signo con que se reconocían los cristianos.

Después, tendiendo las manos á Vinicio, continuó:

- La felicidad se encuentra siempre donde cada uno la alcanza. ¡Que Flora derrame por largos años sus flores sobre tu camino! ¡Yo te deseo todo lo bueno que tú mismo puedas desearte!

- Te lo agradezco. A decir verdad, creí que tratarías de hacerme mudar de parecer; pero viste claramente que hubiera sido tiempo perdido, ¿no es cierto?

- ¿Yo hacerte mudar de parecer? ¡Todo lo contrario! ¡Haces perfectamente!

- ¡Ah, traidor!, respondió alegremente Vinicio. ¿No te acuerdas de lo que me decías después de la visita á Plaucio y Pomponia?

- Me acuerdo, dijo fríamente Petronio; pero, si me lo permites, he sido yo quien ha cambiado de opinión. Querido, aquí en Roma todo es inestable. Los maridos cambian de mujer, las mujeres cambian de marido, y yo ¿por qué no he de cambiar, por lo menos, de opinión? Poco faltó para que Nerón se casase con Acté, á la que, para mayor comodidad, atribuía origen de estirpe real. Pues bien: hubiera tenido, después de todo, una mujer honrada, y nosotros una Augusta respetable. ¡Por Proteo y por sus aguas infructíferas! Yo mudo de parecer cuando lo creo conveniente. La prosapia real de Licia es más legítima que la de Acté. Pero cuando estás en Anzio..., ¡guárdate de la vengativa Popea!

- Pero ¿qué dices? ¡En Anzio no se me tocará un cabello!

- Piensas que voy á asombrarme de nuevo y te engañas. Dime, ¿de dónde sacas esa certeza?

- Así me lo dijo el apóstol Pedro.

- ¡Ah! ¿Así te lo dijo el apóstol Pedro? Entonces, no cabe dudar. Sin embargo, permíteme tomar algunas precauciones, aunque no sea más que para no exponer al apóstol al peligro de aparecer como falso profeta; pues si el apóstol se equivocase, perdería tu confianza, que en lo futuro ha de serle muy útil.

- Haz lo que quieras, pero yo creo en él. Y si crees predisponerme en su contra repitiendo su nombre en tono de mofa, estás en un error.

- Permíteme otra pregunta: ¿te has hecho cristiano?

- Aún no. Pero Pablo de Tarso viene conmigo á Anzio para instruirme en la nueva doctrina. Después de esto, quiero bautizarme, pues es completamente falsa la afirmación que has hecho de que los cristianos son enemigos de la vida y de la felicidad.

- Tanto mejor para ti y para Licia, observó Petronio. Después, encogiéndose de hombros, añadió, como si hablase consigo mismo: ¡De todos modos, es asombroso cómo sabe esa gente conquistar nuevos secuaces y cómo se propaga rápidamente su doctrina!

- Sí, respondió Vinicio con énfasis, como un convertido; existen millares y millares en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia y en Asia. Hay legiones de ellos entre los pretorianos y hasta en el palacio de César. Esclavos y comerciantes, ricos y pobres, plebeyos y patricios, profesan tal religión. ¿Sabes que los Cornelios son cristianos, que Pomponia Grecina es cristiana, que se supone que lo fué Octavia y que Acté lo es también? Sí, esa doctrina conquistará el mundo, porque por ella únicamente podría renovarse. ¡No hagas visajes! ¿Quién sabe si antes de un año te hallarás tú también entre los convertidos?

- ¿Yo?, preguntó Petronio. ¡No, por todos los dioses! Yo no la seguiré, aunque contuviera toda la verdad y toda la ciencia humana y la divina juntas. Me costaría algún trabajo, y yo no quiero cansarme. Se necesitaría además una fuerza de constricción contra sí propio que yo no poseo. Estas son cosas posibles, dando con una naturaleza como la tuya, parecida al fuego y al agua hirviente. ¿Mas para mí? Yo tengo mis objetos preciosos, mis camafeos, mis vasos, mi Eunica. Yo no creo en el Olimpo, pero me lo formo á mi gusto aquí en la tierra, y quiero gozar hasta ser traspasado por una flecha del arquero divino ó hasta que César me ordene abrirme las venas. ¡Amo demasiado la comodidad del triclinio y el perfume de violeta! ¡Amo hasta á nuestros dioses como figuras retóricas, y la Acaya, adonde me trasladaré con nuestro grueso, incomparable y divino César, verdadero Hércules, dominador del mundo, Nerón!

Al llegar á este punto no pudo menos de reír alegremente ante la idea de que pudiera seguir las enseñanzas de un pescador galileo, y canturreó:

Como un día Aristógiton y Harmodio,  
de verde mirto adornaré mi espada.

Y no prosiguió, porque anunciaron la llegada de Eunica. Se sirvió la cena, durante la cual resonaron los cantos y los suaves acordes de la cítara. Vinicio habló de la visita de Quilón, del castigo que impuso al filósofo, y de la idea que se le ocurrió de ir directamente á ver al apóstol.

Petronio, bostezando, dijo:

— La idea fué excelente, porque dió buen resultado. Pero yo hubiera regalado á Quilón cinco monedas de oro; mas ya que estimaste oportuno darle unos azotes, bien dados están. Pero, ¿quién nos dice que no llegue día en que todos los senadores se prosternen ante él, como ahora ante Vatino, el noble zapatero? ¡Buenas noches!

Quitándose la corona, se levantó con Eunica para retirarse. Cuando ambos hubieron salido, Vinicio corrió á la biblioteca y escribió á Licia:

«Apenas tus puros ojos se abran á la luz de la mañana, esta carta te augurará un día feliz. Por esto te escribo ahora, aunque mañana pueda volver á verte. César parte dentro de dos días para Anzio, y yo, ¡infeliz de mí!, debo seguirle. Te dije ya que desobedecer equivale á morir, y ahora confieso que la muerte me infunde pavor. Pero si deseas que no obedezca, escíbeme una sola palabra y me quedaré. Petronio me ayudará á salvarme. Hoy, en el colmo de mi felicidad, he querido hacer dichosos á mis esclavos. Mañana llevaré á casa del Pretor á los que hayan servido veinte años en mi casa y les daré la libertad. ¡Tú, amor mío, debes congratularte, porque esta acción me fué inspirada por las benignas leyes de tu religión y la llevé á cabo por tí! Ellos deben agradecerte su libertad y quiero decírselo á todos para que bendigan tu nombre. Estoy dispuesto á declararme esclavo tuyo y de la felicidad. ¡Quiera Dios que semejante esclavitud no cese nunca! ¿Verdad? ¡Maldito sea Anzio y el viaje de *Enobarbo*! Por fortuna, no tengo reputación de sabio ni de artista, como Petronio; de lo contrario se me obligaría á marchar después á Grecia. La ausencia me parecerá menos amarga pensando incesantemente en tí. ¡No lo dudes! Procuraré aprovechar aunque sea un pequeño instante de libertad, para montar á caballo, volar hacia Roma, y recrear mis ojos con tu vista y mis oídos con el melodioso sonido de tu voz. Si no me fuese posible venir, un esclavo te traería mis cartas. ¡Salud, diosa mía! ¡Abrazo tus rodillas! No te enojos conmigo si te llamo diosa; quisiera obedecerte, pero hoy no puedo llamarte de otro modo. ¡Con toda mi alma te deseo felicidad en aquella casa donde entrarás como señora y dueña!»

## XXXVI

Toda Roma sabía que César deseaba en su viaje ver el puerto de Ostia, ó por mejor decir, la nave más grande del mundo, que había llegado recientemente de Alejandría, cargada de grano, y desde Ostia debía hacer rumbo á Anzio, costeano. Algunos días antes se habían dictado las disposiciones del caso, por lo cual, al amanecer del día señalado, enorme masa de curiosos se había estacionado en la Puerta Ostiense para contemplar el séquito de Nerón, espectáculo del que no se hastiaba nunca el pueblo romano. El viaje de la capital á Anzio no era largo ni difícil. Allí se elevaban numerosos palacios y quintas, construídos y decorados suntuosamente y provistos de todas las comodidades y hasta de todo el lujo que podía desearse en aquellos tiempos. César solía llevar consigo en sus viajes todo cuanto le causaba placer, desde los instrumentos musicales y utensilios domésticos, hasta las estatuas y los mosaicos, y esto aun cuando hubiese decidido detenerse breve tiempo en determinado punto. En aquella ocasión iba seguido de una legión de siervos, sin contar todas las subdivisiones de la guardia pretoriana, sus cortesanos y todos los esclavos pertenecientes á cada uno de ellos.

Ya en las primeras horas de la mañana se habían reunido pastores de la Campania, de bronceados rostros, cubiertos de piel de cabra, conduciendo las quinientas burras en cuya leche había de bañarse Popea en cuanto llegase á Anzio. El pueblo contemplaba regocijado las largas orejas moviéndose entre una nube de polvo, y escuchaba con visible complacencia el chasquido de las fustas y la salvaje gritería de los pastores. Cuando hubieron pasado las burras, presentáronse en número considerable los mozos encargados de barrer y limpiar el camino, esparciendo luego sobre él flores y ramitas de pino, y con este motivo, la gente refería con cierto orgullo que todo el camino hasta Anzio se cubriría de flores, cogidas unas en los jardines de los alrededores, y otras vendidas por los floristas á fabulosos precios.

A medida que iba transcurriendo el tiempo, aumentaba la muchedumbre. Muchos llevaban consigo á toda la familia, y arreglando sus provisiones sobre las piedras allí amontonadas para el templo de Ceres en construcción, se disponían á celebrar su acostumbrada comida al aire libre. Acá y allá veíanse grupos de personas, guiadas por otras más enteradas de los proyectos de César, y hablábase de aquel viaje de recreo y de los futuros viajes del emperador. Marineros y antiguos soldados aprovechaban la ocasión para relatar extraordinarias maravillas que habían oído narrar sobre lejanos países en que ningún romano había puesto todavía su planta. Y todos los que no habían ido más allá de la Vía Apia escuchaban con la boca abierta las fantásticas descripciones de la India, de la Arabia y de las islas que rodeaban la Bretaña, en una de las cuales Briareo tenía prisionero á Saturno dormido; de los mares glaciales de las regiones del Norte y del rumor del Océano al sumergirse el sol en su fondo cuando terminaba el día.